

Capítulo 7

No todo lo que brilla es oro. La dependencia de las remesas

Introducción

El objetivo de este capítulo es reconstruir el modelo de desarrollo basado en las remesas tal como ocurre en la práctica en México. Esta operación es posible luego de haber analizado la dinámica de la economía mexicana y del sistema migratorio al amparo de la integración regional en los capítulos precedentes.

Caracterizar el modo concreto en que funciona el desarrollo basado en las remesas pone en juego necesariamente las dinámicas clave de nuestro enfoque teórico. Asimismo, nos permite develar la existencia de uno de los polos más dinámicos de la economía mexicana, la exportación directa de fuerza de trabajo, que, sin embargo, está asociado a una escalada regresiva en términos económicos y sociales, en virtud de la expansión de las asimetrías entre México y Estados Unidos y de la progresiva dependencia de las remesas a nivel macro y micro en el país. También permite analizar con ojo crítico los procesos de desarrollo asociados a la migración que han sido inducidos en México, como parte del engranaje neoliberal con el ánimo de conferirle un pretendido *rostro humano*. Con este propósito, los migrantes son convocados a participar como presuntos agentes centrales del desarrollo, particularmente en el ámbito regional y local. No obstante, en una visión de conjunto se pueden detectar algunos puntos críticos que anuncian la insustentabilidad del modelo y la necesidad de buscar alternativas.

El argumento central es que México experimenta, a partir de 2000, un trance socioeconómico por demás conspicuo: el paso del modelo exportador de fuerza de trabajo barata al modelo de desarrollo basado en las remesas. Esto significa que cada vez más la migración mexicana hacia Estados Unidos ha ganado presencia dentro del proceso exportador de fuerza de trabajo, por

encima de la maquila y la maquila encubierta. Pero no sólo eso, también se ha consolidado como fuente proveedora de remesas, y, dado el desmantelamiento del aparato productivo mexicano, son concebidas ahora como un recurso estratégico para coadyuvar al mantenimiento de la precaria estabilidad socioeconómica. A nivel macro, el modelo es utilizado para dar aliento artificial a la política neoliberal toda vez que su precaria arquitectura se está resquebrajando por todos lados, y a nivel micro, se diseña como otra arista más de la nueva política social, donde los migrantes son invocados como presuntos agentes centrales del desarrollo regional o local. No obstante, se advierte que estos procesos están plagados de contradicciones y muestran signos de insustentabilidad, lo que incluso pone en predicamento la viabilidad del país.

Desmantelamiento del modelo de desarrollo y migración compulsiva

Para erigir una visión crítica de la relación entre desarrollo, migración y remesas es imprescindible repensar los términos de la relación. El concepto dominante sobre desarrollo se refiere en realidad a crecimiento económico, globalización, libre mercado y democracia liberal. Ante la profundización de problemas como pobreza, marginación y miseria, la noción de desarrollo se ha recubierto bajo el manto del combate a la pobreza y los objetivos del desarrollo del milenio de la ONU, que no es sino una visión reduccionista que se remite a la satisfacción de algunos indicadores ubicados en el umbral de subsistencia. Por nuestra parte, consideramos que el desarrollo debe abordarse a la vez como problema y como potencialidad. En tanto problema, se trata de entender el proceso histórico, estructural y estratégico que conforma la actual dinámica de neoliberalización que articula los procesos de desarrollo, subdesarrollo y dependencia que perviven en el sistema capitalista mundial en distintos planos y niveles, y que explica las relaciones asimétricas entre países y la expansión de desigualdades sociales. En tanto potencialidad, el desarrollo significa la necesidad de trastocar las actuales dinámicas estructurales y su andamiaje político e institucional para generar mejores condiciones de vida y de trabajo para la mayoría de la población. En tal sentido, un escenario mínimo sería el de generar un desarrollo alternativo en pauta necesariamente posneoliberal, sin que para ello exista una sola respuesta y un solo camino exentos de contrariedades y sinsabores. Un problema conspicuo del desarrollo es la migración internacional. Para entenderlo es necesario dilucidar cuál es el papel de las migraciones en el contexto actual del desarrollo, subdesarrollo y dependencia, y a qué poten-

cialidades están eventualmente asociadas. En el primer caso se trata de la migración como una fuente de fuerza de trabajo barata inscrita en la lógica de la reestructuración capitalista (Delgado Wise y Márquez, 2007), mientras que en el segundo se alude a la necesidad de alcanzar 1) el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de la población en las zonas exportadoras de migrantes; 2) cambios estructurales e institucionales, como condición necesaria para la consecución efectiva del primer objetivo, y 3) revertir las condiciones materiales y subjetivas que precipitan las formas de migración compulsivas que se registran en nuestros días y sus problemas asociados, como despo- blamiento o dependencia de remesas.

La migración ha sido considerada habitualmente como un fenómeno de movilidad poblacional caracterizado por patrones demográficos, trayectorias laborales y relaciones socioculturales, y ha sido matizada por problemas como derechos humanos, relaciones de género, entre otros. La visión dominante es una amalgama que conjuga cinco piezas analíticas: 1) individualismo metodológico: desde esta visión microsocia, se considera que la migración es fruto de una decisión individual o familiar direccionada, a lo sumo, por redes sociales; 2) esquema de atracción/expulsión: el análisis de la migración se divide en dos catálogos que separa a los lugares de origen y destino, pero en pauta descontextualizada; 3) visión neoclásica-neoliberal: los individuos y las familias asumen una decisión racional para emigrar con arreglo a la maximización de utilidades, en tanto que los acuerdos de libre comercio desembocan la convergencia económica entre países y disminuyen el diferencial salarial, el detonador de la migración; 4) transnacionalismo: los individuos y sus organizaciones establecen relaciones solidarias entre sí que vinculan a los lugares de origen y destino, y 5) migración y desarrollo: las remesas se conciben como el motor del desarrollo, y los migrantes, sus organizaciones o la diáspora misma, el agente. Ante esta visión parcial del fenómeno conviene recurrir a una alternativa teórica, como la economía política de la migración (Delgado Wise y Márquez, 2007b), que concibe a la migración, en el actual contexto de diferenciación profunda, entre países desarrollados, importadores de fuerza de trabajo barata, y subdesarrollados y dependientes, exportadores de fuerza de trabajo barata, como migración forzada. Recientemente, y sobre todo en Europa, y desde la óptica de los países desarrollados, el concepto de migración forzada ha sido empleado para referirse a los casos de refugio y asilo. No obstante, desde un principio, el concepto se empleaba para referirse a causales estructurales (Marx, 1997). Por nuestra parte, consideramos la emigración forzada como aquella movilidad poblacional originada por motivos de violencia, catástrofes y conflic-

tos, pero principalmente por subsistencia, crisis estructurales y coyunturales y, en suma, problemas del desarrollo. En el contexto de la globalización neoliberal, que profundiza las asimetrías entre países y acentúa las desigualdades sociales, la migración forzada abarca un amplio espectro de manifestaciones, desde la llamada trata de personas asociada a la explotación sexual e infantil, pasando por la migración laboral indocumentada, hasta la emigración de trabajadores altamente calificados. En estas circunstancias, los migrantes están sujetos a condiciones de vulnerabilidad y riesgo, incluso de perder la vida, en el tránsito, cruce y, también, en la estancia en el lugar de destino, a causa de las formas extremas y extenuantes de precarización y explotación laboral, debido a la égida del biopoder (Faucolt, 2001) o del biocapital (Osorio, 2007), según el cual, el poder y el capital dominan los designios de la vida humana a fin de obtener la mayor cantidad posible de poder y ganancias, sin importar los costos sociales que esto represente, como puede ser la pérdida de la vida misma, incluso la extinción humana. La emigración forzada está vinculada a la superexplotación del trabajo en los lugares de origen (subdesarrollados) y en los de destino (desarrollados), como puede testificarse en el caso concreto del modelo exportador de fuerza de trabajo barata instaurado en países como México (Delgado Wise y Márquez, 2007b; Márquez, 2009). Se trata de una sobrepoblación activa y en reserva que está sometida a condiciones de vida y trabajo que ponen en riesgo la preservación de la vida en el lugar de origen, en el tránsito y cruce y en el lugar de destino. Esta precarización extrema de la fuerza de trabajo es uno de los principios ocultos del modelo neoliberal que embate a más no poder al trabajo, sus condiciones de vida y organización. En el plano concreto intensifica el proceso productivo, incrementa la jornada laboral y disminuye el valor de la fuerza de trabajo. En conjunto, el capital logra el abaratamiento laboral, la disminución del valor de la fuerza de trabajo, el incremento de la productividad, el mejor posicionamiento dentro de la competitividad capitalista y la obtención de mayores márgenes de ganancia, todo a costa de la superexplotación de la fuerza de trabajo en los lugares de origen (penetración de inversión extranjera) y destino (inmigración laboral). Debido a ello, la mayoría de los migrantes se encuentra encerrados en un círculo vicioso de pobreza transnacional, en sus lugares de origen y destino, además de que las opciones de retorno están canceladas debido a que en sus lugares de origen no hay condiciones de vida y trabajo aceptables, a no ser que se encuentren en la etapa de retiro laboral, en tanto que la publicitada modalidad de trabajadores temporales encubre formas institucionalizadas de precariza-

ción laboral y semiesclavitud con la paradoja de que se trata de la concesión de trabajos temporales en puestos laborales permanentes (trabajas y te vas).

La visión convencional de remesas está fetichizada puesto que las concibe simplemente como dinero, como capital y como divisas, sin explicar cómo se originan, qué costos socioeconómicos traen consigo, cuáles son sus usos y destino. Desde una visión puramente sociológica, se les clasifica como familiares y colectivas, no considera la problemática del desarrollo subyacente. Una alternativa conceptual es concebir las remesas, primero, como expresiones de relaciones sociales de producción en el ámbito binacional o transnacional y de relaciones sociales de reproducción familiar; en segundo término, como recursos que juegan un papel en los procesos de desarrollo local, regional y nacional. Desde esta óptica, es imprescindible diseñar una nueva tipología de remesas asociadas a las dinámicas del desarrollo: remesa salarial, remesa participativa y remesa productivas.

Ahora bien, para entender la posible contribución de los migrantes en los procesos de desarrollo de los lugares de origen, es indispensable acudir al análisis concreto, es decir, encontrar la explicación de por qué se genera la migración, qué papel juegan los migrantes y cómo participan en las dinámicas de desarrollo. Para el caso mexicano, podemos caracterizar su dinámica migratoria en consonancia con los avatares del modelo de desarrollo neoliberal según las siguientes proposiciones:

1. El modelo de desarrollo impuesto en México desde los ochenta, que combina un esquema de integración regional asimétrica y políticas de ajuste estructural neoliberales, se basa en la exportación de fuerza de trabajo barata en consonancia con el proceso de reestructuración de la economía de Estados Unidos y representa para nuestro país la pérdida de la soberanía laboral.
2. El nuevo patrón de acumulación desmantela, rearticula y orienta hacia el exterior el sistema productivo; genera una sobrepoblación desbordante, e incrementa la migración forzada.
3. La exportación directa de fuerza de trabajo transcurre por mecanismos de inserción laboral precarizada y exclusión social en el país de destino.
4. A partir de 2000, el modelo exportador de fuerza de trabajo se decanta en una dependencia crítica de las remesas garante de estabilidad socioeconómica de México, asociada, sin embargo, a fenómenos como el desdoblamiento y la insustentabilidad social.

5. Este modelo de desarrollo beneficia a una pequeña élite económica y política y genera una espiral de degradación social para la mayoría de la población.
6. Ante el fracaso de este modelo, es urgente y necesario implementar alternativas de desarrollo regional, nacional y subnacional en pauta posneoliberal.

Hoy en día, México aparece como una sociedad especializada en la exportación de fuerza de trabajo, además de transferir al exterior recursos naturales y excedente económico por la vía del pago de deuda, ganancias y comercio intrafirma.

La migración mexicana a Estados Unidos ha sido mayoritariamente de índole laboral, en correspondencia a las modalidades de integración económica que han adoptado ambos países, y no en función de una cultura o tradición. Actualmente, la dinámica migratoria responde a la estrategia de internacionalización productiva desplegada por las empresas transnacionales de origen estadounidense, que explica el consecuente proceso de transnacionalización y precarización del mercado laboral en el marco de las políticas neoliberales y del TLCAN, que en lugar de entablar relaciones de “libre comercio”, instituyen nuevas relaciones de producción amparadas por formas de intercambio desigual, donde México desempeña el papel de proveedor especializado de excedentes económicos, recursos naturales —por ejemplo, petróleo— y de fuerza de trabajo barata.

La migración compulsiva mexicana arroja distintos efectos socioeconómicos en Estados Unidos y México. Para el vecino país del norte, los migrantes contribuyen a engrosar y flexibilizar la oferta de fuerza de trabajo en determinados segmentos del mercado laboral, abaratan los costos laborales, incrementan la productividad y mejoran los beneficios para el capital. Adicionalmente, en una escala menor, dinamizan el mercado interno, abonan al sistema de seguridad social y amplían las operaciones financieras, de transporte y comunicaciones.

Migración forzada, signo de la crisis social permanente

Los mexicanos han emigrado hacia Estados Unidos de manera continua, desde la firma de los tratados de Guadalupe Hidalgo, por los cuales México perdió más de la mitad de su territorio merced a la estrategia territorial expansionista de la emergente potencia capitalista mundial. Desde entonces, México ha permanecido como un país subdesarrollado y supeditado a

los designios políticos de su vecino país del norte. No obstante, con la implantación del modelo neoliberal en México, reforzada por la puesta en vigor del tratado de “libre comercio” (TLCAN), la migración adquiere otra connotación. Es decir, la migración de mexicanos a Estados Unidos no es un fenómeno natural ni una tradición ni una cultura decimonónica, sino que está condicionada por las dinámicas estructurales de la economía mexicana y por los vínculos de subordinación a Estados Unidos.

Bajo el neoliberalismo, México se convierte en una economía exportadora. Sin embargo, su plataforma exportadora está dominada por las corporaciones extranjeras, principalmente estadounidenses, que exportan hacia otros países, principalmente Estados Unidos, bajo modalidades como el comercio *intrafirma*. Bajo esta vía se exportan autopartes, automóviles, aparatos eléctricos, etcétera. En mayor medida se trata de procesos de ensamble que importan la mayor parte de sus componentes: insumos, maquinaria, tecnología, diseño y directivos. El aporte nacional es, primordialmente, la mano de obra barata. Por tanto, el esquema operativo del modelo exportador está basado en una ventaja comparativa “espuria”, la abundancia de fuerza de trabajo barata, flexible, desorganizada y superexplotada. En tal sentido, el modelo económico mexicano gira en torno a la exportación de fuerza de trabajo, sin que por ello tenga que emigrar. Los sectores excluidos del modelo exportador se refugian en la informalidad, el asistencialismo y también en el crimen organizado. El otro sector laboral se ve obligado a emigrar, primordialmente hacia Estados Unidos, también en calidad de trabajo barato. En uno y otro extremo, el modelo nacional tiene como eje la exportación de fuerza de trabajo barata, sólo que en un caso es indirecta y en el otro directa (Márquez, 2007; Delgado Wise y Márquez, 2009; Delgado y Cypher, 2009).

De manera específica, el modelo exportador neoliberal produce una migración mexicana que adquiere una connotación compulsiva, y que en virtud de las causales materiales y subjetivas la convierte en una migración forzada, en un producto del neoliberalismo (Márquez, 2010; Delgado Wise y Márquez, 2009). El ciclo de la migración forzada se complementa con dos momentos cruciales: la explotación laboral en Estados Unidos, que adquiere rasgos de superexplotación cuando los inmigrantes son ubicados en las peores condiciones laborales y perciben una baja remuneración (un falso sobresalario), y el envío de remesas (una fracción salarial) a sus dependientes económicos para contribuir a la subsistencia de la familia en los lugares de origen.

La condición de migración forzada se entiende cuando se desmenuza cómo el neoliberalismo excluye del sistema, en su propio país, a buena par-

te de la población como productores, empleados, consumidores y ciudadanos (Osorio, 2010; Márquez, 2010), pero esta exclusión se subsana, al menos para los dependientes económicos que permanecen en su lugares de residencia, mediante el consumo, vía remesas. Con ello no se logra transformar el sistema de exclusión social, ni mucho menos los fundamentos del modelo, sino apenas se logra reinsertar a segmentos excluidos de la población en la órbita del consumo. Es decir, es un doble movimiento de exclusión/inclusión en condiciones socioeconómicas degradantes.

Posibles episodios de estallidos sociales se atenúan levemente con esta reinserción social, y hasta es posible que se gane una cierta gobernabilidad y legitimidad para el proyecto neoliberal, sobre todo cuando algunos recursos acopiados por los migrantes son instrumentalizados por el gobierno dentro de programas de “combate a la pobreza”, como el Programa 3 × 1, cuyo cometido es complementar los programas de obra pública municipal, en localidades seleccionadas, sin que por ello se subsanen los problemas de fondo que dan origen a la migración forzada. Por el contrario, este programa tiene varias inconsistencias o limitaciones: canaliza recursos públicos de manera selectiva en determinadas localidades, moviliza recursos públicos exiguos si se le compara con el presupuesto federal o con los montos de remesas percibidos, pero genera una gran expectativa social gracias a la publicitación mediática y a la exposición de supuestos “casos exitosos”, además de que el programa no logra generar dinámicas de desarrollo local, incluso, de manera paradójica, los recursos suelen aplicarse en localidades con severos problemas de despoblamiento.

Sin embargo, la ideología neoliberal, emanada del BM, FMI, BID, OIM, ONU, difunde la idea de que las remesas son un instrumento para el desarrollo y que los migrantes son los nuevos héroes del desarrollo. Este señalamiento, en apariencia bienintencionado, encubre un grave problema estructural: responsabiliza a los sectores sociales más superexplotados en la tarea de activar el desarrollo de sus lugares de origen, sin promover, como estrategia complementaria, ningún cambio institucional o político que pretenda mínimamente generar procesos de transformación social en los planos local y regional (Márquez, 2009).

Frente a la ortodoxia, en el ámbito de la investigación del problema migratorio internacional es interesante la labor que un grupo de académicos viene desplegando en la Red Internacional de Migración y Desarrollo (<http://www.migracionydesarrollo.org>) cuya postura crítica intenta construir una especie de epistemología sobre la migración desde el llamado Sur global. Muchos trabajos de investigación están plasmados en su revista *Migra-*

ción y desarrollo. Amén de que la discusión sobre esta temática está presente en múltiples foros, libros y revistas académicas.

Decantación del modelo exportador de fuerza de trabajo en desarrollo basado en las remesas

Dada la complejidad analítica que reviste la relación entre desarrollo y migración, se advierte la necesidad de emprender estudios que se salgan de los linderos del esquema analítico de migración y desarrollo, que tiene como punto de partida el fenómeno migratorio, para colocarse justamente del otro lado de la ecuación, es decir, de los procesos de desarrollo. Este nuevo enfoque analítico considera a la migración como un aspecto de la problemática del desarrollo y visualiza al desarrollo como un campo analítico cuyas dinámicas estructurales y prácticas estratégicas de los actores sociales se desempeñan en los planos internacional, nacional y regional.

Para entender el caso de México, es preciso tomar en cuenta el tránsito del modelo exportador de fuerza de trabajo barata al modelo de desarrollo basado en las remesas. En la integración económica regional de América del Norte, el país se consolida como 1) exportador neto de migrantes debido a las dinámicas estructurales en las que está inscrito, y 2) dependiente de las remesas, a nivel macro para mantener la precaria estabilidad del modelo neoliberal y a nivel micro en la subsistencia social de millones de personas. Esto último ante el desmantelamiento acelerado del Estado de bienestar y el recrudecimiento de las desigualdades sociales y regionales al interior del país.

Además de que la integración económica de México a Estados Unidos tiene como principal objetivo coadyuvar al fortalecimiento de la competitividad capitalista de Estados Unidos en el concierto internacional, y de que se funda en una serie de relaciones de intercambio desigual que ensanchan las asimetrías entre ambos países, un aspecto relevante es que no contempla ningún mecanismo para promover el desarrollo de México ni mucho menos ofrece apoyos complementarios a las zonas de alta migración, proveedoras netas de fuerza de trabajo barata. A diferencia de otros esquemas de integración conocidos, como la Unión Europea, donde sí se contemplan recursos compensatorios para los países subdesarrollados.

La exportación directa de fuerza de trabajo se refiere al proceso mediante el cual el trabajador emigra a un país o región desarrollado para vender su fuerza de trabajo, devengar un salario mayor que en el lugar de origen (aun cuando sea un simple *pseudosobresalario*) y enviar una parte de éste principalmente a sus familiares con el fin de cubrir la subsistencia y contribuir a otros

gastos —y en menor medida a pequeñas inversiones productivas—. La dependencia de las remesas deviene de la venta de fuerza de trabajo migrante, como una contraprestación, las remesas en dinero o especie. Al respecto, véase el diagrama 3, donde se ilustra esquemáticamente la relación entre exportación de fuerza de trabajo y la dependencia de las remesas.

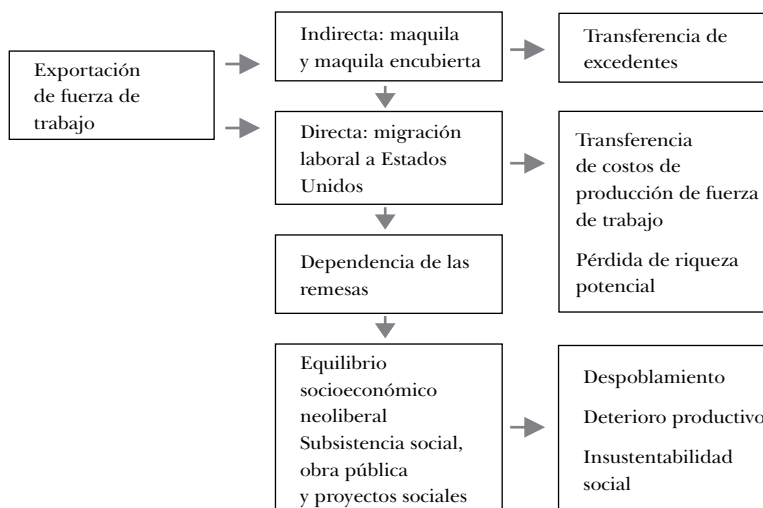
Estructuralmente, el modelo exportador de fuerza de trabajo constituye una pieza clave del engranaje neoliberal. Ante la descomposición de la economía mexicana, ese modelo se decanta en el de desarrollo basado en las remesas, en virtud de que la migración tiende a desplazar a la maquila y la maquila encubierta como elementos centrales de la dinámica económica. En ese sentido se puede decir que el modelo adquiere su forma más pura o descarnada. Es decir, el modelo de desarrollo basado en las remesas es un subproducto del proceso exportador de fuerza de trabajo vigente en la integración económica de México a Estados Unidos (Delgado Wise y Márquez, 2006).

En términos de las dinámicas estructurales, se aprecia una decantación del proceso exportador de fuerza de trabajo hacia un supuesto desarrollo basado en las remesas, que más que desarrollo es dependencia (véase diagrama 3). Dado el caudal de recursos que supone la entrada de remesas, un subproducto conspicuo del modelo exportador de fuerza de trabajo es el modelo de desarrollo basado en las remesas (Márquez, 2007; Delgado Wise y Márquez, 2006), impulsado por los organismos internacionales —particularmente el BM (2005), BID (2000) y ONU (2006)— y los Estados de los países exportadores de migrantes. Sin moverse un ápice de la ideología neoliberal, los organismos internacionales enarbolan la idea de que las remesas pueden configurarse como instrumento o motor del desarrollo, pues suponen que su efecto multiplicador dota a los pobres, en este caso los migrantes y sus familias, de una especie de poder económico (De Soto, 2001; Ratha, 2003; Orozco, 2003). En esa tónica, para que ese supuesto poder aparezca es insoslayable integrar el caudal de remesas al sistema financiero a fin de que el susodicho efecto multiplicador se realice mediado por operaciones de ahorro y préstamo, bajo un supuesto esquema de “democracia financiera” que la participación de la banca privada haría posible, junto a otras organizaciones crediticias de menor rango, como las cooperativas y microfinancieras (Terry y Pedrody, 2006).²⁷ Sin indagar acerca de las condiciones estructurales y sociales que gravitan en la migración internacional y en la precarización laboral, se limitan a proponer medidas

²⁷Además de su funcionalidad financiera, los organismos internacionales mencionan otros atributos secundarios de las remesas inscritos en la promoción del desarrollo: el financiamiento de inversiones, formación de capital humano, fuente de capital para pequeñas empresas, compra de terrenos o viviendas y reparación de viviendas; a su vez se pondera como una fuente confiable de divisas para financiar importaciones, un recurso para solventar desastres naturales y una especie de seguro familiar.

que aceiten el “mercado de remesas”, como puede ser la disminución de los costos de transacción para estimular un mayor caudal de remesas. En ese esquema se supone que la intermediación financiera, impelida por el afán de lucro, asociada a menores costos de transacción, propicia la transmutación de los migrantes laborales en emprendedores empresarios particularmente en sus lugares de origen (Terry y Pedrody, 2006).

Diagrama 3
 PROCESO DE DECANTACIÓN DEL MODELO EXPORTADOR
 DE FUERZA DE TRABAJO EN MODELO DE DESARROLLO BASADO
 EN LAS REMESAS



Dado el caudal de recursos que supone la entrada de remesas en los países subdesarrollados como México, el modelo exportador de fuerza de trabajo prohija una dependencia de las remesas. Los organismos internacionales, plegados a la ideología de la globalización neoliberal, que abandona el desarrollo como un objetivo central, están interesados en que los migrantes aporten recursos, principalmente las remesas, para generar desarrollo en sus lugares de origen, supliendo una función del Estado y el capital privado y enarbolando un supuesto nuevo paradigma que en realidad se aviene como una arista más de la contrarrevolución teórica y práctica que ha representado el neoliberalismo en el último tramo del siglo pasado y en lo que va del presente —particularmente el BM (2005), BID (2000) y ONU

(2006)—. Este desarrollo basado en las remesas distorsiona la noción de desarrollo, encubre las causas de fondo de la migración bajo el espejismo de una economía ficticia e insustentable creado por la creciente dependencia de las remesas y responsabiliza, en última instancia, a los migrantes y sus coetáneos para superar sus condiciones de pobreza, marginación y miseria.

La mayoría de los países especializados en la exportación de fuerza de trabajo están imbuidos en el subdesarrollo y la dependencia, y carecen de un proyecto de desarrollo nacional. Es el caso de países como México, El Salvador, Filipinas y Marruecos. Cegados por la visión apologista de la migración, cifran algunas expectativas de desarrollo, sobre todo en el ámbito local y regional, en la contribución de los migrantes a través de las remesas. Para ello implementan políticas de acercamiento con su diáspora, gestionan obras conjuntamente en los lugares de origen y promueven la disminución de costos de transferencia para aumentar la entrada de remesas; mientras, subrepticamente, alientan el éxodo laboral —para aliviar el problema del desempleo estructural— y difunden un discurso generoso que presenta a los migrantes como “filántropos” o “héroes del desarrollo”.

El modelo de desarrollo basado en las remesas tiene dos componentes principales: uno de orden institucional y el otro estructural. En este caso, se entiende por modelo de desarrollo el sistema de principios, objetivos y estrategias que orientan la política de los organismos internacionales y, por añadidura, de los Estados de los países subdesarrollados. El componente institucional, que expresa toda la carga ideológica de los hacedores de la agenda política de migración y desarrollo, descansa en la idea rectora de que las remesas representan un novísimo instrumento o motor del desarrollo en los lugares, regiones y países donde se origina la migración. Este recurso es invocado como si fuese sustituto de la inversión pública y privada, sin reparar en que mayormente constituye un recurso salarial diseminado entre millones de familias para cubrir sus necesidades de subsistencia en alimentación, vestido, vivienda, salud, educación, entre otros.

El contexto donde aflora esta visión reduccionista del desarrollo es el que considera la globalización de “libre comercio” como el mejor e inevitable escenario, que encubre las actividades monopólicas del gran capital, y a las políticas complementarias de “guerra contra la pobreza” de la nueva política social y su reedición en los objetivos del desarrollo del milenio de la ONU que se preocupa por cumplir, de manera parcial, algunos estándares mínimos enclavados en los umbrales de la subsistencia, preservando los mecanismos de la globalización neoliberal con un supuesto *rostro humano*.

El componente estructural se refiere indiscutiblemente al proceso de gestación y profundización de la dependencia de las remesas. Ante la ausencia de una política de desarrollo nacional, el país exportador de migrantes depende de la entrada de remesas de los migrantes para, a nivel macro, mantener el precario equilibrio económico y, a nivel micro, conferirle un supuesto *rostro humano* al proceso de neoliberalización. Se trata, pues, de una decantación del proceso exportador de fuerza de trabajo hacia un “desarrollo basado en las remesas”, es decir, a la dependencia de las remesas. En términos estructurales, el modelo procede de un decantamiento del incesante proceso exportador de fuerza de trabajo barata, vinculado a la reestructuración productiva estadounidense que se remonta a finales de la década de los setenta del siglo pasado, que consiste en la pérdida de importancia relativa de los mecanismos “indirectos” de exportación laboral —la maquila y la “maquila encubierta— ante el crecimiento exponencial de su forma “directa”, es decir, la migración laboral. A raíz de este giro estructural del mercado laboral transnacional se acentúa la dependencia de las remesas en el país, misma que se puede apreciar de dos maneras. La primera consiste en vislumbrar el papel que juegan las remesas en el ámbito macro y en el micro: en el macro contribuyen al apuntalamiento del precario equilibrio económico, no en balde se consolida como la segunda fuente de divisas, y en el micro fungen como un paliativo en la subsistencia familiar y la atenuación relativa de fenómenos como la pobreza y la marginación. La segunda se advierte cuando se analizan los usos específicos de las remesas de acuerdo con una nueva tipología: remesas salariales destinadas a la subsistencia familiar; remesas participativas, a programas de obra pública municipal y proyectos sociales al amparo del Programa 3 × 1, y remesas productivas, a microproyectos con o sin mediación institucional, como es el caso del Programa Invierte en México.

Glosa del desarrollo basado en las remesas

El modelo de acumulación impuesto en México desde la década de los ochenta no produce desarrollo humano y, en cambio, precipita al país todavía más en los pantanos del subdesarrollo. Este modelo se ha consolidado como un motor de las migraciones internacionales. En este sentido, es imprescindible adoptar una visión del desarrollo que se proponga alcanzar la justicia social, el bien común y la democracia.

El modelo exportador de fuerza de trabajo está volcado a que los migrantes internos e internacionales contribuyan, en primera instancia, al

proceso de abaratamiento de la actividad productiva de las grandes corporaciones y, en segundo término, mediante las remesas de dinero que envían los migrantes, abona al mantenimiento del precario andamiaje socioeconómico del país y, más específicamente, a la subsistencia familiar, en menor medida a la obra pública municipal y la realización de proyectos sociales y productivos. En modo alguno esto puede concebirse como desarrollo, puesto que no logra crear, en términos generales, mejores condiciones de vida y trabajo para la mayoría de la población ni revertir las causas que precipitan la migración. Además, pensar en que la migración es la fuente del desarrollo, los migrantes, los agentes, y las remesas, la palanca, en el fondo tiene la pretensión de responsabilizar a los migrantes de su propio desarrollo, en consonancia con los designios de la política neoliberal que convierte en objetos y sujetos de su propio desarrollo a los sectores poblacionales excluidos de sus exclusivos beneficios.

Los programas existentes en materia de migración y desarrollo, como el 3×1 y el Invierte en México, son aún muy limitados para cumplir las tareas del desarrollo porque no consideran una estrategia seria para diversificar la fuente de recursos financieros, productivos, tecnológicos, humanos y de capital para promover el desarrollo asociado a la participación de los migrantes y al uso de remesas.

Esto es una condición necesaria para promover el desarrollo. Así, por ejemplo, el Programa 3×1 , a la sazón el más importante y dinámico de todos y que conjuga recursos de los tres niveles de gobierno y de los propios migrantes, apenas moviliza una cuantía que representa entre el 1 y 3 por ciento de las remesas salariales. En tanto que el Programa Invierte en México, que no termina de morir, no ofreció resultados satisfactorios, pues se dedicó a apoyar microproyectos productivos que quizá, algunos de ellos, pudieron ser rentables individualmente, pero detonaron el desarrollo económico local por sí solos.

En esa tesitura, el modelo resulta, a todas luces, insustentable porque está claramente asociado a la expansión de fenómenos de alguna suerte degradantes como el despoblamiento, el abandono de actividades productivas, el desperdicio de infraestructura y la procreación de un entorno de insustentabilidad social.

En ese escenario se impone la necesidad de diseñar alternativas de desarrollo local, regional, nacional y transnacional con la participación de los migrantes y sus allegados, pero no en calidad de responsables como lo supone el modelo de desarrollo basado en las remesas en México. Por necesidad se debe pensar a nivel macro y micro. A nivel macro es imprescindible renegociar el

esquema de integración económico regional articulado por el TLCAN a fin de abrir paso a un esquema de integración regional no asimétrico, donde no priven los intereses de las grandes corporaciones multinacionales y, por añadidura, es indispensable adoptar un proyecto alternativo de desarrollo nacional, ya que desde la adopción de las políticas neoliberales de ajuste estructural, la gestión del desarrollo ha dejado de funcionar en beneficio de los agentes identificados con las llamadas fuerzas del mercado.

En el terreno del conocimiento social, también es necesario impulsar un nuevo campo de estudios, que provisionalmente se puede designar como de desarrollo y migración, que conceda centralidad analítica a la problemática del desarrollo sobre la dinámica de la migración. En ese sentido, conviene señalar que el desarrollo se advierte como un fenómeno complejo de orden multidimensional (económico, político, social, cultural y ecológico) y multinivel (global, regional, nacional, subregional y local). Pero debe trascender las definiciones normativas, como aquellas que de manera consensuada aluden a una noción que contempla el mejoramiento de las condiciones socioeconómicas de la población, para contextualizar la problemática, analizar las dinámicas estructurales y dilucidar las prácticas estratégicas. Esta tarea será posible mediante la construcción de un nuevo enfoque, que podemos designar como economía política del desarrollo y la migración.

Evaluación del desarrollo basado en las remesas

De manera recurrente, el influjo de la migración en los países de origen se presenta en claroscuros. En el caso de la migración mexicana, suele argumentarse que desencadena efectos negativos y positivos. Entre los primeros se enumeran la dolarización de las economías locales, la dilapidación de recursos humanos, la tendencia al despoblamiento, el estancamiento productivo y el desarraigo de las generaciones subsecuentes de mexicanos radicados en Estados Unidos. Entre los segundos, el aporte de las remesas a la subsistencia de las familias de los migrantes, la realización de obras a cargo de las organizaciones transnacionales de migrantes y el potencial uso productivo de las remesas. Más allá de este balance preliminar, desde la perspectiva de los estudios del desarrollo, interesa analizar los alcances y las limitaciones del modelo de desarrollo basado en las remesas en la transformación de las condiciones materiales y sociales prevalecientes en localidades y regiones de origen. A manera de síntesis, cabe advertir los siguientes puntos críticos:

1. El tránsito del modelo exportador al modelo de desarrollo basado en las remesas en realidad significa un mayor ensanchamiento de las asimetrías entre México y Estados Unidos, la consecuente profundización del subdesarrollo en México y el acento en el carácter extractivo que ambos países promueven hacia los migrantes.
2. El modelo coadyuva a darle un aliento al resquebrajado modelo neoliberal al erigir a las remesas como la segunda fuente de divisas del país, y la primera si consideramos el aporte global del modelo exportador de fuerza de trabajo. A su vez, funge como amortiguador de posibles conflictos sociales ocasionados por la política neoliberal, aunque cada vez menos, como lo muestra la emergencia de importantes movimientos de inconformidad.
3. México está transfiriendo sus costos de producción, reproducción y calificación de la fuerza de trabajo exportada en beneficio de la economía estadounidense, sin que exista alguna compensación. Esto ocurre en un escenario donde progresivamente se está desmantelando la función social del Estado.
4. El éxodo laboral galopante propicia que el país esté perdiendo la principal mercancía para el proceso de acumulación, la fuerza de trabajo. La exportación directa de fuerza de trabajo, la migración laboral, implica para México una creciente sangría de recursos humanos que trae consigo el abandono de actividades productivas, la dilapidación de los costos de formación y reproducción de esa fuerza laboral y, en cierto sentido, el desplazamiento de mano de obra calificada en términos relativos, lo cual también se puede apreciar como un sensible debilitamiento de la soberanía laboral.
5. El desbordamiento de la migración laboral repercute en una pérdida de riqueza potencial. Tanto por la fuga del “bono demográfico” o de la fuerza laboral, como por la pérdida de capacidad productiva en el país de origen. Esto expresa una pérdida importante para el proceso de acumulación en México.
6. La dependencia de las remesas es uno de los signos que entraña el subdesarrollo. Las remesas, en tanto transferencias, no se traducen en creación de capacidades productivas nacionales, regionales o locales. El patrón de uso de las remesas está volcado hacia el consumo familiar y en mucho menor medida a la inversión productiva. El mayor volumen de las remesas deviene de salarios devengados por trabajadores migrantes mexicanos ocupados en condiciones de elevada precarización laboral a fin de garantizar la reproducción familiar, por tanto resul-

ta inconsistente suponer que las remesas pueden constituir un fondo social de inversión que detone el desarrollo local, regional o nacional. Por añadidura, y en ausencia de un sistema financiero mexicano que derrame recursos crediticios a las localidades y regiones de origen de los migrantes, el esquema de microfinanzas asociado a la captación de remesas es todavía muy endeble como para visualizarlo como alternativa de desarrollo (Cortina y De la Garza, 2005). Por otra parte, y a pesar de que se registran casos “exitosos”, la inversión productiva realizada con remesas se ha canalizado a proyectos pequeños e inconexos que no logran cumplir el papel de arrastre o locomotora en las economías locales y regionales. Al no estar asociadas a procesos que reconstruyan el aparato productivo, las remesas contribuyen indirectamente al desmantelamiento del aparato productivo debido a la reconversión de los patrones de consumo.

7. Una parte de las remesas captadas en el país se transfieren de nueva cuenta al exterior mediante el consumo de bienes importados, en un nicho de mercado que ha sido bien explotado por la llamada industria de la migración, que beneficia al capital transnacional y, en menor medida, al nacional, sin que se genere una derrama económica apreciable al resto de la economía mexicana.
8. En general, el flujo de remesas es un recurso insuficiente para detonar el desarrollo. Por sí solo no puede elevar el ingreso de la población y contrarrestar los niveles de pobreza, es decir, no suple la responsabilidad gubernamental en materia de combate a la pobreza y promoción del desarrollo social, mucho menos puede suponerse que detone el desarrollo. Programas como el 3 × 1, a pesar de incentivar la organización de los migrantes, en los hechos abonan a cubrir deficiencias de los programas de obra municipal.
9. El despoblamiento se asocia a una caída relativa del flujo de remesas. En virtud de la dependencia crítica de las remesas como fuente de divisas, es necesario tomar conciencia de que las remesas tenderán a caer debido a la migración establecida, la reunificación familiar y la creciente tendencia al despoblamiento. Por tanto, ese recurso no puede considerarse como una fuente sustentable para el mantenimiento de la estabilidad macroeconómica de México ni mucho menos como un motor del desarrollo nacional o regional.
10. A nivel local, se instrumentan dos modalidades de desarrollo: participativo y económico local. Lo cual significa que se pretende tratar con paliativos los focos rojos generados por la política neoliberal. En ambos

casos entran en función las remesas como recurso automedicado por la población migrante con un mínimo aporte complementario del Estado y los organismos internacionales para promover algunos proyectos comunitarios sin que se pretenda trastocar las condiciones socioeconómicas prevalecientes (despoblamiento, insustentabilidad social, deterioro productivo) ni las dinámicas estructurales e institucionales básicas.

11. Los actores centrales de la globalización neoliberal, es decir, capital transnacional, gobiernos, organismos internacionales, actúan a nivel macro y micro para preservar el modelo neoliberal e inducir el uso de las remesas para apuntalar su frágil entramado, pues están interesados en preservarlo hasta lo último. En tanto que los actores migrantes actúan en los márgenes del sistema. La mayoría de los emisores de remesas no están organizados, envían las remesas salariales y están ocupados en condiciones de alta precarización laboral y exclusión social. Existe una capa de migrantes organizados que participan en algunas políticas públicas asociadas a un cierto desarrollo social limitado.
12. No obstante, hay signos evidentes de insustentabilidad del modelo: despoblamiento, desacumulación, deterioro productivo, insustentabilidad social, pobreza y marginación. Más que pensar en reforzar el modelo de desarrollo basado en las remesas, se tendría que repensar el desarrollo nacional.
13. Con respecto a los cambios estructurales e institucionales, el gobierno mexicano ha mantenido una posición inercial en cuanto a la migración y el desarrollo, sin que en algún momento se haya sugerido negociar los términos que orientan el actual esquema de integración económica regional (motor del modelo exportador de fuerza de trabajo), ni su política neoliberal. Ni siquiera el llamado acuerdo migratorio, popularizado en su momento como *la enchilada completa*, apuntaba en esa dirección. Por tanto, los programas catalogados dentro de la política de migración y desarrollo, amén de sus limitaciones operativas, inciden poco en el crecimiento, pues están fundados en los preceptos de la política social nueva, cuyo objetivo es apuntalar el modelo neoliberal. En esas circunstancias, en lugar de procurar una política de desarrollo, se profundiza la dependencia inconmensurable del país, sus regiones y localidades de las remesas.
14. La integración económica de México a Estados Unidos ensancha las asimetrías, profundiza el subdesarrollo de México y promueve la exportación de migrantes. La descomposición de la economía mexicana genera la pérdida de soberanía laboral. El exacerbamiento de la migración laboral

y su consecuente flujo de remesas no son un instrumento del desarrollo, sino un signo del subdesarrollo que se manifiesta en la dependencia de las remesas.

Insustentabilidad de las remesas

En el terreno microsocia, las remesas participativas contribuyen a suplementar en algunas localidades migratorias el gasto público canalizado a obras de infraestructura social (por ejemplo, el Programa 3 × 1), y sobre todo las remesas salariales coadyuvan sustancialmente a sufragar los gastos de subsistencia de millones de hogares mexicanos. En ambos casos se mitiga la pobreza y marginación, y se libera parcialmente al Estado de su obligación de participar en las tareas del desarrollo social. En esa medida la migración funciona como una invaluable “válvula de escape” (y de seguridad) frente a la disminuida capacidad estructural de la economía para expandir el empleo formal y de calidad.

A nivel macro, las remesas sirven para prolongar la vida de un modelo de desarrollo que muestra ya signos de insustentabilidad, y a nivel micro funge como un paliativo de la pobreza y marginación, en tanto implican una transferencia de recursos sin vínculos sólidos con el ahorro, el mejoramiento de la capacidad productiva y el crecimiento económico. Bajo estas consideraciones, es posible sostener que la migración opera, sin proponérselo y sin que sea parte de la agenda de los migrantes, como un soporte crucial del engranaje neoliberal, confiriéndole un cierto cariz de *estabilidad* y, paradójicamente, un *rostro humano*. Sin embargo, es un soporte que hace las veces de paliativo, pues está basado en la transferencia de recursos mayormente salariales sin vínculos sólidos con el ahorro, el mejoramiento de la capacidad productiva y el crecimiento económico y sin el acompañamiento de estrategias que diversifiquen las fuentes de acceso a recursos complementarios. Ni local ni regionalmente se crean condiciones materiales para promover el desarrollo, y la dependencia económica actual de las remesas puede conducir al espejismo de una economía-ficción.

Según los principios y objetivos del modelo, la principal estrategia deviene de achacar la responsabilidad del desarrollo a los migrantes mismos mediante la canalización de las remesas para cubrir la subsistencia social, la obra pública y la inversión productiva en las localidades y regiones exportadoras de fuerza de trabajo. Esta estrategia opera a través de un eslabonamiento progresivo del uso diferenciado de remesas salariales, participativas y productivas en programas *ad hoc*. Por tanto, se descarga al Estado de su respon-

sabilidad en la gestión del desarrollo y se crea la falsa imagen de que las remesas, al fin visualizada como “un río de oro”, son el motor del desarrollo (Iglesias, 2001).

El punto nodal es que el modelo de desarrollo basado en las remesas pretende erigirlas como un recurso estratégico, casi único, para la solución de los problemas socioeconómicos de localidades y regiones exportadoras de migrantes, sin reparar en que dicha estrategia política pervierte el concepto mismo de desarrollo (RIMYD, 2005). Al no plantear siquiera renegociar los términos de la integración económica y la política neoliberal que generan gran parte de los problemas que idealmente se pretenden revertir, inevitablemente se hace apología del modelo exportador de fuerza de trabajo como un filón positivo de la llamada globalización, y las expectativas de desarrollo se constriñen a la disponibilidad de recursos de la población migrante, sin mencionar que éstos siempre serán raquíuticos frente a los grandes desafíos que supone un desarrollo generador de mejoras socioeconómicas sustanciales.

Cuando las expectativas de desarrollo se cifran exclusivamente en la contribución de los migrantes, es decir, de las remesas, el modelo resulta a todas luces insustentable porque:

1. Situados en un extremo del problema, no hay certeza de que la dinámica ascendente en la captación de remesas se vaya a sostener por mucho tiempo. Como un elemento contratendencial del flujo ascendente de remesas se identifica claramente al cambio en el patrón migratorio, según el cual la figura dominante en la migración mexicana ya no es el migrante circular, que va y viene, sino el migrante establecido que no va solo, sino acompañado de su familia.
2. Bajo ese modelo no se aspira a recomponer en modo alguno el estado de cosas que genera la migración galopante y la falta de desarrollo, como lo supone la paradigmática integración económica México-Estados Unidos.
3. No toma en cuenta que las remesas, merced a su naturaleza, poseen una lógica salarial abocada a satisfacer la subsistencia familiar, es decir, la formación de fuerza de trabajo migrante.
4. Que la emergencia de otro tipo de remesas —la *participativa*, vinculada a la realización de obras públicas y sociales (Márquez, 2006a), y la *productiva*, dirigida a la creación de micro y pequeñas empresas (Márquez, 2006b)— conjuga una cuantía de recursos que si bien son importantes para la vida de las localidades y zonas migratorias, no alcanza a constituir un fondo de financiamiento para el desarrollo.

Sin atender verdaderamente a una estrategia de desarrollo, la política migratoria mexicana conjuga un atado de programas inconexos abocados a cubrir aspectos parciales relacionados más bien con algunos efectos de la migración. El objetivo del Estado, en consonancia con el modelo exportador de fuerza de trabajo, es garantizar que la migración cumpla pasivamente su funcionalidad en el equilibrio macroeconómico y la estabilidad social, sin importar que los problemas del desarrollo de las zonas migratorias se exacerben al punto en que la soberanía económica, particularmente la laboral, se haga trizas.

La crítica del modelo de desarrollo basado en las remesas, impulsado por los organismos internacionales, adoptado con sumisión por el gobierno mexicano, se desvela cuando recurrimos al concepto más preciso de dependencia de las remesas, entendido como la necesidad nacional, regional y local por allegarse divisas enviadas por los migrantes para mantener el precario equilibrio económico a nivel macro y cubrir la subsistencia familiar a nivel micro, en un contexto donde está ausente una política de desarrollo nacional y donde la pérdida de soberanía laboral torna al país en exportador nato de migrantes.

La dependencia de las remesas

En las localidades y zonas exportadoras de migrantes, y a nivel agregado en el país, se ha desarrollado una dependencia respecto de las remesas para apuntalar el consumo y cubrir la subsistencia familiar y social. Más aún, se pretende que el uso de las remesas en obras públicas, proyectos sociales e inversión productiva detone el desarrollo local. En los países exportadores, los migrantes son concebidos institucional y socialmente como un sostén de la precaria estabilidad macroeconómica, política y social, agravada de por sí debido a los flujos de la globalización neoliberal. Por si fuera poco, en el ideario de los organismos internacionales y los gobiernos de los países exportadores, las remesas se conciben como un supuesto recurso estratégico para propiciar el desarrollo, sea a escala nacional, regional o local, sin que esas instancias se comprometan a dotar de recursos adicionales y en cuantía suficiente para detonar verdaderos procesos de desarrollo. En los hechos, las remesas fungen como un suplemento a los raquíticos presupuestos públicos orientados al desarrollo social, como lo postulan los programas de descentralización neoliberal.

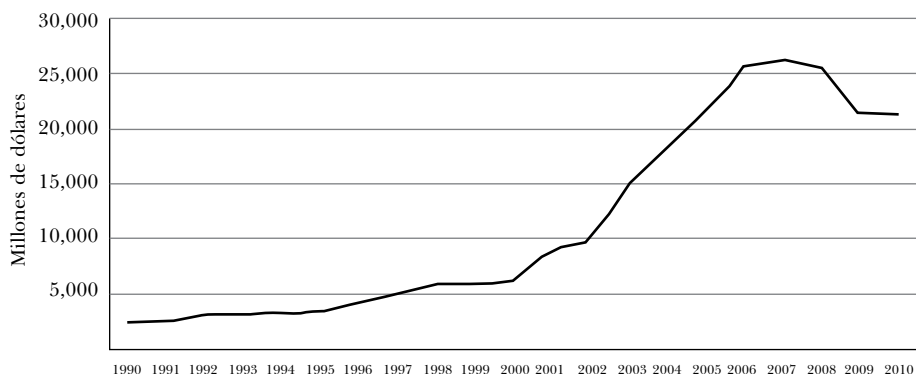
El ascenso vertiginoso del fenómeno migratorio en su vertiente internacional deviene de la incapacidad estructural para generar con suficiencia

empleo formal de calidad, el desmantelamiento del aparato productivo y la expansión de las asimetrías económicas entre México y Estados Unidos. Por lo mismo, México despunta como el principal exportador de migrantes en el concierto internacional. De manera concomitante, las remesas captadas por México se han incrementado exponencialmente, hasta el punto en que figura como uno de los tres principales receptores de remesas en el mundo, después de India y China.²⁸

Durante la vigencia del modelo exportador de fuerza de trabajo, el flujo de remesas captado por México ha experimentado un auge inusitado, aunque con declive importante luego de la irrupción de la crisis del capitalismo mundial con epicentro en Estados Unidos. Entre 1994 y 2008, los dependientes económicos de los migrantes captaron un monto acumulado de 185 mil millones de dólares a precios de 2008 por concepto de remesas salariales. En el lapso comprendido entre 1980 y 2005 se incrementó la recepción de remesas 28.5 veces: en 1980 los envíos sumaron apenas una cifra cercana a 700 millones de dólares y en 2006 alcanzó los 23 mil millones de dólares. La escalada en la recepción de remesas es importante, pues en los ochenta crecía al 12.7 por ciento anual, en los noventa al 16 por ciento y en la presente década lo viene haciendo a un ritmo de 30 por ciento. Para 2006, el Banco de México (2007) registró alrededor de 65.8 millones de envíos, con un promedio de 350 dólares. Sin embargo, la tendencia alcista se detuvo después de que hiciera eclosión la burbuja financiera especulativa en el vecino país del norte (véase gráfica 1). Una porción importante de migrantes quedó en el desempleo y perdió parte de su patrimonio. Otros más quedaron atrapados en la inseguridad laboral. Los envíos de dinero a sus lugares de origen se detuvieron, incluso se registraron envíos en sentido inverso, de México hacia Estados Unidos, a fin de financiar la estadía de los migrantes que se mantienen a la expectativa de una mejora en el mercado laboral.

²⁸En México se ha polemizado sobre la veracidad en la medición del monto de remesas familiares. En el contexto de la discusión sobre la medición de la pobreza en México, la Secretaría de Desarrollo Social entabló una polémica con el Banco de México sobre la metodología que mide las remesas familiares para intentar comprobar que éstas no contribuyen mayormente a la disminución de la pobreza como sí lo hacen, según se arguyó, los programas asistencialistas de la propia secretaría. A ciencia cierta, no hay claridad sobre la consistencia de la información oficial sobre remesas, como tampoco la hay sobre la pobreza. Desde nuestra perspectiva, el debate principal no radica tanto en el monto global de las remesas familiares captadas —pues es incuestionable que hay grandes progresos en la materia—, sino en dilucidar las condiciones sociales en las cuales se producen y el papel que desempeñan en la reproducción familiar.

Gráfica 1
MÉXICO: REMESAS SALARIALES (1990-2010)



Fuente: Elaborado con base en datos del Banxico (www.banxico.gob.mx).

No obstante que las remesas salariales configuran un flujo de divisas que contribuye a preservar la aparente estabilidad macroeconómica del país, pues representa la segunda fuente después del petróleo, y que además coadyuvan a brindar una sensación de estabilidad social cuando respaldan la subsistencia de alrededor de 5 millones de hogares mexicanos, México paga un alto costo social y productivo con la exportación sistemática de personas, pues con la emigración se transfieren recursos invertidos en términos familiares y sociales para la producción y formación de la fuerza laboral, al punto en que se estima que la pérdida neta duplica, al menos en términos monetarios, la percepción registrada oficialmente como remesas familiares.

En otro sentido, las remesas salariales, por su naturaleza social, tienen un efecto limitado en la promoción del desarrollo local y la disminución de la pobreza. Prácticamente todas las encuestas arrojan evidencia concluyente sobre el carácter atomizado de las remesas y su destino primordial en funciones de subsistencia familiar, además de que cuando los recursos remitidos por los migrantes se destinan a fines productivos, las micro o pequeñas empresas están insertas en la lógica de la subsistencia o, inclusive, cuando se trata de un negocio que busca como meta, más que la subsistencia, la rentabilidad, las empresas funcionan bajo criterios individuales, desvinculados de un esfuerzo colectivo para dinamizar económica y socialmente a las localidades o regiones receptoras de la inversión. Los pocos proyectos productivos financiados con remesas están desvinculados de estrategias de desarrollo local (Márquez, 2007).

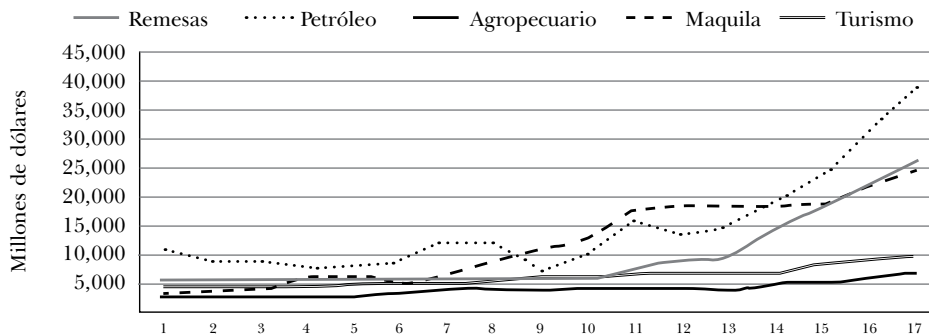
Indiscutiblemente, las remesas salariales constituyen un componente crucial de la estrategia de subsistencia de millones de hogares en México, pero sólo una tercera parte de esos hogares alcanza una ligera mejoría como para que logren escalar en términos sociales y puedan ubicarse, así sea provisionalmente, en los niveles bajos de la clase media. Sin la entrada de remesas, la pobreza se incrementaría entre 1.5 (Rodríguez, 2007) y 1.9 por ciento (Canales, 2008). En modo alguno se puede considerar que las remesas salariales constituyen un instrumento para la movilidad social, para detonar el desarrollo local o para desarticular los factores generadores de la pobreza.

El modelo de desarrollo basado en las remesas impulsado subrepticamente por organismos internacionales y gobiernos afines, se puede apreciar operativamente en dos niveles: 1) a nivel macro, refiere al lugar que ocupa en la política neoliberal y a los efectos que producen las remesas en la macroeconomía, y 2) a nivel micro, alude al influjo de las remesas en el ámbito local y regional. En el primer caso se trata de apuntalar el esquema de integración económica vigente sin trastocar la política neoliberal. En el segundo se pretende abonar a la legitimación de la política neoliberal mediante la confección de una careta de *rostro humano* acorde con los postulados de la nueva política social, que en México se difundieron inicialmente como “liberalismo social”, y que hoy en día inoculan la política de desarrollo social.

La exportación de fuerza de trabajo, principal fuente de divisas

Más allá del pregón oficial, la integración económica instrumentada por el TLCAN y articulada por las cadenas de producción global ha jugado un indiscutible papel como catalizador de los flujos migratorios al grado de convertir a las remesas en una de las principales fuentes de divisas del país. De manera concomitante al crecimiento del flujo migratorio se observa un aumento en la importancia relativa de las remesas captadas en México. A nivel macro, las remesas representan la fuente de divisas que exhibe el crecimiento más consistente, lo que se hace más visible debido a la pérdida de importancia relativa de otras vías de financiamiento externo, como las exportaciones de la industria maquiladora, el turismo y el sector agropecuario (véase gráfica 2).

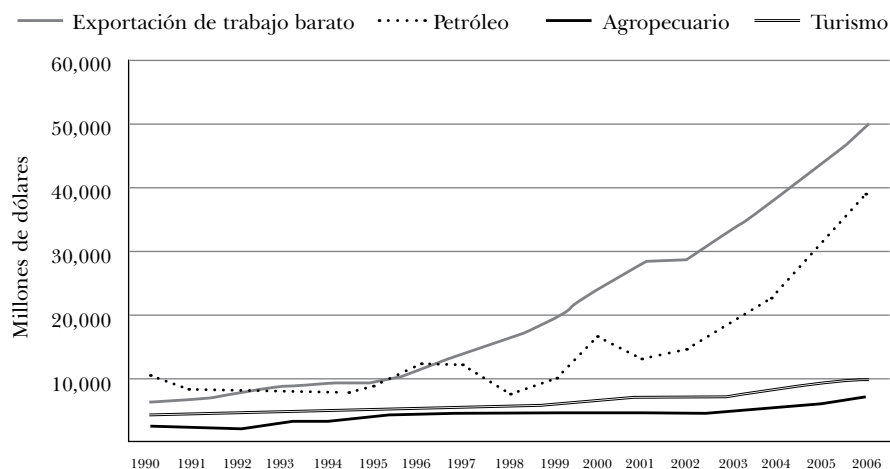
Gráfica 2
 MÉXICO, IMPORTANCIA DE LAS REMESAS
 EN LA BALANZA COMERCIAL



Fuente: Banxico.

Si nos remitimos a la medición aproximada del aporte del modelo exportador de fuerza de trabajo, es decir, la maquila, la maquila encubierta y la migración laboral, podemos apreciar que se consolida como la principal fuente de divisas del país. El cálculo resulta de sumar el saldo neto de la balanza comercial de la maquiladora y las remesas familiares para contrastarlo con la IED y el saldo de la balanza petrolera (véase gráfica 3). En 2006, el saldo neto del modelo exportador de fuerza de trabajo ocupó el primer lugar como fuente neta de divisas con 49,887 millones de dólares, le sigue el saldo petrolero con 39,017 mdd y en tercer lugar el turismo con 9,559 mdd. Más que una fortaleza de la economía mexicana, este fenómeno es una clara debilidad, pues evidencia cómo uno de sus pilares es la exportación de fuerza de trabajo barata sin que ello se traduzca en inversión de capacidades productivas para el país, y en cambio se asiste a la supeditación por completo a los designios de la economía estadounidense. En ese sentido, se puede advertir que la exportación de migrantes juega un papel en la preservación de la política neoliberal, pero a costa de una drástica pérdida de soberanía económica con una dilapidación lacerante de los recursos laborales.

Gráfica 3
MÉXICO, PRINCIPALES FUENTES DE DIVISAS (1990-2006)



Fuente: Cálculos propios con datos del Banco de México (www.banxico.org.mx) e INEGI (www.inegi.gob.mx).

Las remesas, una de las principales fuentes salariales de la economía mexicana

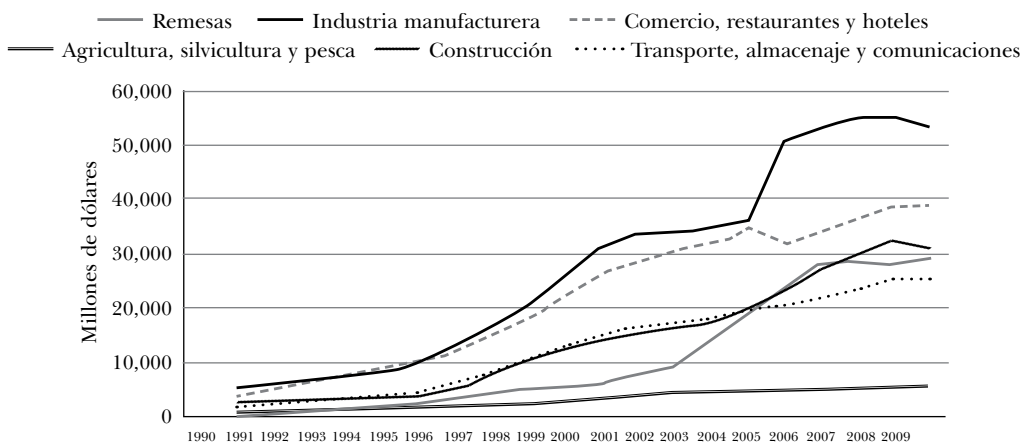
La importancia de las remesas en el consumo es vital para mantener en pie una parte significativa del ya de por sí disminuido mercado interno. El grueso de ellas, entre 85 y 90 por ciento, se emplea para cubrir las necesidades básicas de la familia a través del consumo; y un porcentaje residual, de 10 a 15 por ciento, se destina a la llamada inversión productiva (Lozano, 2003; Tuirán, 2002; Canales, 2004). El consumo apuntalado por las remesas se trasmina, a la manera de un efecto multiplicador, en beneficio del mercado local y, hasta cierto punto, de la formación de empresas nuevas; al grado en que se ha estimado que llegan a ejercer un efecto favorable en el crecimiento económico (Muñoz, 2006), aunque no hay evidencias de que los efectos multiplicadores recaigan en los hogares receptores ni en la propia localidad, pues se verifica una transferencia hacia las zonas urbanas, donde se ubican los centros industriales y comerciales (Arroyo y Corvera, 2003; Canales, 2006).

Una forma de estimar la importancia de las remesas, en tanto recurso salarial, es contrastarlas con la masa salarial percibida por los sectores económicos en México (véase gráfica 4). Para 2009, representaban la cuarta fuente salarial para el país (286.2 mil millones de pesos) por debajo de las

remuneraciones en la construcción (307.5 mmdp), el comercio, restaurantes y hoteles (389.7 mmdp) y la industria manufacturera (533.7 mmdp). No obstante, la tendencia creciente de las remesas colocó a la emigración laboral en 2005 y 2006 como la tercera fuente salarial de la economía mexicana, ligeramente por encima de la construcción, pero merced al efecto recesivo de la economía estadounidense, la afluencia de remesas decayó, al igual que su lugar como fuente salarial para México, por lo que descendió un lugar.

Gráfica 4

MÉXICO, IMPORTANCIA DE LAS REMESAS FRENTE
A LAS PRINCIPALES FUENTES SALARIALES (1990-2009)



Fuente: Cálculos elaborados con base en datos de INEGI (www.inegi.gob.mx) y Banxico (www.banxico.org.mx).

Existe un par de conexiones entre las remesas familiares y dos sectores asalariados en México: 1) con el manufacturero, debido a que una considerable porción de sus percepciones (maquila y maquila encubierta) forma parte de lo denominado previamente modelo exportador de fuerza de trabajo barata, y 2) con la agricultura, silvicultura y pesca, puesto que en el medio rural las remesas y la actividad primaria se engarzan en distintas modalidades de la economía de subsistencia, y explican buena parte de las estrategias de supervivencia social, ante la falta de fomento agropecuario por parte del Estado.

Las remesas salariales que captan los dependientes económicos en los lugares de origen representan, a su vez, una parte de la remuneración salarial que captan los migrantes en los lugares de destino (Márquez, 2007). Los migrantes envían recursos dinerarios después de que logran sufragar su propia subsistencia

y la de aquellos dependientes económicos que también están asentados en el país de destino. El papel de la remesa salarial se inscribe dentro de la lógica de reproducción familiar de los migrantes y sus dependientes económicos, en los lugares de origen y destino. No se trata simplemente de un flujo unidireccional o de un subsidio para el desarrollo. A partir de esta visión de conjunto, las remesas configuran una forma de transferencia salarial desde los países desarrollados hacia los lugares exportadores de fuerza de trabajo. No obstante, bajo el desarrollo desigual, se puede advertir que son transferencias cuya cuantía las hace ver insignificantes si se les compara con las transferencias de recursos que le dan origen (Delgado Wise, Márquez y Rodríguez, 2009).

Las remesas de dinero enviadas por los migrantes devienen de un salario que de origen ha sido disminuido, puesto que la mayoría de los migrantes está inserta en puestos laborales degradados y con remuneraciones bajas. Los ingresos del grueso de los migrantes mexicanos corresponde a una forma de *pseudosobresalario*, es decir, de un salario en apariencia superior al que se percibe en el lugar de origen, pero menor al que captan otros contingentes laborales, en condiciones semejantes, en el país de destino. Es un salario que es fragmentado con el envío de remesas y que por lo general está por debajo del valor de la fuerza de trabajo, desde el punto de vista de las necesidades de subsistencia, reproducción y recreación prevalecientes en el país donde se trabaja; amén de que la fracción salarial enviada a los lugares de origen resulta insuficiente, pese al tipo de cambio asimétrico, para cubrir por sí solo la subsistencia familiar, y mucho menos para generar dinámicas de desarrollo. Por tanto, se trata de un salario generado en condiciones de superexplotación y exclusión social.

La dependencia familiar

Las remesas salariales representan una fuente de subsistencia familiar, pues se canalizan sobre todo a la satisfacción de necesidades básicas y, en menor medida, al ahorro o pequeñas inversiones en vivienda, terrenos, ganado y establecimientos comerciales. Amén de que una parte no despreciable se dedica al mantenimiento de la llamada industria de la migración (por ejemplo, financiar viajes, pago de *polleros*).

En el país se estima que existen 1.6 millones de hogares receptores de remesas salariales. La cantidad total de hogares receptores de remesas representa el 5.9 por ciento de los hogares del país, y si ese número de hogares se multiplica por cinco personas en cada hogar, resulta que 8 millones de personas reciben algún beneficio directo, lo cual representa, aproximadamente, el 7.6 por ciento de la

población total del país. Ése es el universo de habitantes que tienen algún grado de dependencia de las remesas.

En 2008, el promedio del ingreso captado por remesas en los hogares receptores asciende a 2,065 pesos mensuales, 67.9 pesos diarios, un monto levemente superior al monto de un salario mínimo promedio para ese mismo año (50.8 pesos) (véase tabla 15). La remesa promedio resulta una cuantía monetaria insuficiente para adquirir la canasta básica familiar. Al respecto, se estima que en el país se requiere un nivel igual o superior a 5 salarios mínimos para cubrir con suficiencia dicha canasta en el medio urbano. Si tomamos en cuenta que 47 por ciento de los hogares receptores tienen como principal fuente de ingreso las remesas, podemos asumir que los hogares con alta dependencia de las remesas salariales, cuya captación ronda el promedio mensual, no disponen de recursos suficientes para una vida digna, y más bien presentan carencias y vulnerabilidad.

Tabla 15
CAPTACIÓN DE REMESAS EN LOS HOGARES (1992-2008) (PESOS)

<i>Año</i>	<i>Hogares receptores de remesas</i>	<i>(%)</i>	<i>Remesas mensuales por hogar receptor</i>
1992	659,673	3.7	544.8
1994	665,259	3.4	610.4
1996	1'076,207	5.3	1,229.8
1998	1'171,989	5.3	1,579.1
2000	1'257,606	5.3	2,365.5
2002	1'396,113	5.7	2,080.2
2004	1'423,548	5.6	2,762.5
2005	1'531,858	6.0	2,261.6
2006	1'858,758	7.0	2,816.3
2008	1'583,292	5.9	2,065.8

Fuente: Cálculos propios a partir de datos de Conapo y Banxico.

Para 2008, los hogares receptores de remesas se asientan, principalmente, en localidades mayores de 2,500 habitantes. Bajo ese parámetro, el 58.9 por ciento de los hogares receptores corresponden a centros urbanos y el 41.1

por ciento a lugares rurales. En el primer caso se capta la mayoría de las remesas (61.7 por ciento).

Según estimaciones del Conapo (s.f), en 2008, el ingreso promedio anual por hogar receptor de remesas era de 2,227 dólares, cifra menor a la registrada un año antes del estallido de la crisis financiera, pues en 2006 se reportó 3,101 dólares anuales. En 2008, las remesas representaban, en promedio, el 27.1 por ciento de los ingresos corrientes monetarios de los hogares receptores. Una proporción menor al periodo previo a la crisis, pues en 2006 el promedio era de 43.1 por ciento. Los principales rubros del ingreso corriente de los hogares receptores son las remuneraciones al trabajo (29.5 por ciento) y las remesas (21.2 por ciento). Es decir, las remesas fungen como complementos salarial. En tanto que 11.9 por ciento de los ingresos proviene de negocios propios, 2.4 por ciento de rentas de propiedad, 9.6 por ciento de otras transferencias, como los programas públicos y 6.5 por ciento engloba otros ingresos.

Ante el desmantelamiento de la modalidad de Estado benefactor y su red de protección social, las remesas salariales ejercen un papel informal de protección social para las familias receptoras, ante el progresivo deterioro de los bienes y servicios públicos. En 2005, de los 20 mil millones de dólares recibidos como remesas, el 15 por ciento, es decir, 3 mil millones de dólares fueron gastados en educación y salud. Esa cantidad —alrededor de 30 mil millones de pesos— equivalía al presupuesto del Programa Oportunidades, el programa asistencialista de la política neoliberal mexicana que atiende a 5 millones de hogares y 25 millones de personas (Delgado Wise, García Zamora y Márquez, 2006). Si bien las remesas no son un instrumento de política pública, es claro que en su ausencia el gobierno mexicano tendría que aumentar significativamente la inversión social para rubros como educación y salud.

La captación de remesas no puede resolver el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo. Ante la disminución del gasto social, las remesas, en tanto un componente del ingreso familiar, contribuyen a la disminución de los índices de pobreza y marginación, pero no a elevar de manera sustancial las condiciones de vida social. En la actualidad, sin el influjo de ellas el número de hogares ubicados en situación de pobreza crecería en poco más de 220 mil (Rodríguez, 2005). Aunque no existe un vínculo directo entre emigración y pobreza, es evidente que las remesas familiares fungen como un paliativo para aminorar las condiciones de pauperización, sin que en ello medie la intervención gubernamental. Como lo muestran múltiples estudios sobre la repercusión de las remesas familiares en la pobreza, las condiciones de vida en los hogares receptores de ellas tienden a ser ligeramente su-

periores en términos de alimentación, salud, educación y vivienda, a diferencia de los que no las reciben. El 75 por ciento de los hogares receptores de remesas en México no son catalogados oficialmente como pobres. La mayor parte de ellos se concentran en 492 municipios, grandes productores de emigrantes y con niveles bajos de pobreza. Sin embargo, es necesario recordar que no constituyen un instrumento de política pública ni suplantán la responsabilidad estatal. Además, debe considerarse que la emigración internacional implica un costo que se ha venido acrecentando con el reforzamiento de las medidas de control fronterizo; costo que los miembros de los hogares de bajos ingresos difícilmente pueden sufragar. Por ello no se deben establecer deducciones mecánicas sobre migración y pobreza. En el mejor de los casos, se puede señalar que la migración y las remesas son un atenuante de la pobreza y la marginación en las comunidades de origen. Pero no puede considerarse, de ninguna manera, que las remesas sean una solución de fondo para erradicar o combatir la miseria.

Aparte de la incidencia de las remesas salariales en el nivel de vida de las familias radicadas en los lugares de origen, el horizonte analítico de migración y desarrollo tiene una operatividad más visible a nivel micro en el caso de las remesas participativas y productivas, porque están asociadas a una estrategia orientada por los organismos internacionales y retomada por el gobierno mexicano para preservar, en conjunción con el efecto de las remesas salariales, la precaria estabilidad social en el país, dada la proliferación de problemas como el crecimiento de las desigualdades sociales, la precarización laboral, la pobreza y la marginación social, entre muchos otros factores, que son caldo de cultivo para inconformidades y estallidos sociales. En ese escenario, las remesas fungen como paliativo y como una suerte de colchón para amortiguar los problemas.

La cara oculta: contribución de la migración a los lugares de destino

Bajo el espectro del desarrollo desigual y la emigración forzada, nuestro argumento es que los migrantes, más allá de enviar remesas a sus lugares de origen, realizan una valiosa contribución directa al proceso de acumulación y desarrollo de la sociedad receptora. En ese tenor, los países desarrollados captan migrantes procedentes de distintas regiones y países subdesarrollados, y también desarrollados, con el cometido de aprovisionarse de abundante, desorganizada, flexible y barata fuerza de trabajo. Este proceso constituye un recurso importante dentro de la estrategia de reestructuración

productiva que los países centrales han puesto en operación desde la década de los setenta del siglo pasado para afrontar la crisis sistémica y la competencia intracapitalista, sin desconocer que además se ha recurrido a la innovación tecnológica, la internacionalización de las finanzas, la producción, el comercio y la inversión, entre otras disposiciones. Asimismo, el abaratamiento laboral a costa de los inmigrantes se ha venido empleando como un recurso constante para sortear las sucesivas crisis, y tal parece que la que ahora agobia al capitalismo no será la excepción.

La contribución de los migrantes en los países centrales se despliega en distintos planos:

1. *Económico*. Los migrantes responden a una demanda del mercado laboral en sectores segmentados, por lo que se captan contingentes con distintas capacidades y formaciones técnicas y profesionales. En conjunto contribuyen al abaratamiento laboral que responde a una estrategia del capital para afrontar la competencia intracapitalista, además de que la constante entrada de migrantes activa la competencia entre el propio sector laboral, posibilita el desplazamiento de trabajadores posicionados en mejores condiciones, aminora la incidencia de los sindicatos y, en conjunto, beneficia el proceso de desvalorización de la fuerza de trabajo. Además, los migrantes colaboran a dinamizar el mercado interno mediante el consumo.
2. *Social*. Los migrantes y sus familias contribuyen a financiar el sistema de seguridad social a pesar de que, en el mayor de los casos, están expuestos a condiciones de exclusión, por lo que no son retribuidos en la misma proporción por los distintos servicios públicos a que tendrían derecho. Asimismo, debido a las condiciones de precarización y pobreza, los migrantes ejercen una menor presión para acceder a una mayor porción del ingreso social y demandan medios de subsistencia baratos, lo cual, en conjunto, contribuye a mantener el estado de desigualdades sociales.
3. *Poblacional*. La migración constituye un trasvase poblacional que compensa el lento crecimiento natural de la población de los países desarrollados, es decir, la inmigración se consolida como una fuente que contribuye a la reproducción demográfica.
4. *Político*. La mayoría de los inmigrantes no disponen del estatus legal de ciudadanía y por extensión carecen de derechos políticos. Desde la óptica de la democracia representativa, no son sujetos que tengan derecho a votar y ser votados, y tampoco participan en partidos políticos, por lo

que son personas sin voz ni voto, no cuentan para el proceso de toma de decisiones. La mayoría de los migrantes tampoco participa en sindicatos o movimientos sociales que reivindiquen activa y permanentemente sus derechos laborales, políticos y sociales. Esto beneficia al proyecto de clase del Estado y el capital, interesado en concentrar poder, capital y riqueza, y excluir a amplios contingentes sociales.

La mayoría de estos aportes redundan en beneficios directos al capital y sus empleadores (por ejemplo, abaratamiento de procesos productivos y desvalorización de la fuerza de trabajo) y ahorros al Estado (por ejemplo, disminución de servicios públicos y prestaciones para los trabajadores inmigrantes, control político sin cesión de derechos). Paradójicamente, a pesar de su importante contribución al proceso de acumulación y desarrollo del país de destino, la mayoría de los migrantes está sometida a condiciones de elevada precarización y flexibilización laboral, exclusión y vulnerabilidad social. De la misma manera, para el país exportador de migrantes, más allá de la entrada de remesas, la exportación laboral representa pérdida poblacional, transferencia de recursos y deterioro productivo, y bajo las relaciones de desarrollo desigual, el país acentúa las condiciones de subdesarrollo y dependencia.

Beneficios colaterales: la industria de la migración

En el ámbito económico, otra forma en que impacta la migración ocurre en la llamada industria de la migración (Castles y Miller, 2004), entendida como la cadena de actividades vinculadas directa e indirectamente a las migraciones internacionales en Estados Unidos y México. La migración, además de su impacto familiar, genera una serie de actividades asociadas que afectan las economías locales y regionales. A nivel macro, varias empresas se benefician de la demanda de bienes y servicios que desencadenan las remesas: envío-recepción de remesas, telecomunicaciones, transportes, turismo y “mercado paisano”. Dado el escaso desarrollo empresarial migrante, la industria de la migración es aprovechada mayormente por grandes empresas multinacionales, sobre todo de países receptores: Western Union, Money Gram, AT&T, City Bank, Continental, American Airlines, Wal-Mart, etcétera, y en menor medida de los emisores: Telmex, Mexicana, Cemex, entre otros. Además, han emergido pequeñas y medianas empresas, como agencias de viaje y casas de cambio. En los lugares de origen, las remesas modifican los patrones de consumo hacia la compra preferente de mercancías estadounidenses, y en los lu-

gares de destino se impulsa el mercado interno mediante el creciente poder de compra de los migrantes (en 2003 sus ingresos ascendieron a 272 mil millones de dólares), lo cual no deja de formar parte del engranaje que reproduce las asimetrías y mantiene el *statu quo* internacional. En suma, se trata de una amplia gama de actividades económicas en los lugares de origen y destino inscritos en la lógica de la globalización neoliberal que benefician sobre todo al país receptor; en este caso Estados Unidos.

Conclusión

En resumen, a la migración laboral se le ha conferido un papel específico en la economía mexicana: servir de fuente de recursos para la manutención de millones de mexicanos y para suplementar una parte de la obra pública municipal, lo cual aminora evidentemente una carga presupuestal al Estado. Sin embargo, esa dinámica en modo alguno puede motejarse como desarrollo, en virtud de que no cumple los objetivos de mejorar sustancialmente las condiciones de vida de la población en general, sólo cumple la función de un salario para los miembros de la familia.

Los objetivos básicos del modelo de desarrollo basado en las remesas no son socioeconómicos, puesto que no están abocados a mejorar sustancialmente las condiciones de vida de la población migrante, sino políticos. Más específicamente, se pretende involucrar a los migrantes y sus recursos, las remesas, para abonar a:

1. La gobernabilidad local sin desarrollo, mediante la participación de los migrantes como sujetos responsables de un supuesto desarrollo a través de la canalización de las remesas en la subsistencia familiar, la realización de obra pública y la ejecución de pequeños proyectos productivos.
2. La legitimación política del proceso exportador de fuerza de trabajo a través de la aprobación de algunas disposiciones, como el voto en el extranjero, pero sin trastocar la institucionalidad ni la política neoliberal en curso.

Si se ponen en perspectiva los problemas del desarrollo, la emigración mexicana a Estados Unidos no puede analizarse de manera aislada y descontextualizada. No basta con describir la numeralia del éxodo mexicano y de la captación de remesas. Por tanto, en este artículo se presenta una caracterización breve del fenómeno, a partir de la integración económica de América del Norte y del papel que juegan los emigrantes y sus remesas. De esto se puede concluir que:

1. El eje más dinámico de la integración económica de México a Estados Unidos es el modelo exportador de fuerza de trabajo barata, a través de tres mecanismos básicos: la maquila, la maquila encubierta y la emigración laboral.
2. Los inmigrantes mexicanos contribuyen al proceso de reestructuración productiva estadounidense en la producción de bienes-salario, al rescate de industrias maduras y en menor medida a los sectores de punta.

A partir de la deconstrucción del concepto de desarrollo basado en las remesas, según el cual esos recursos están llamados a cumplir el papel de fuente o instrumento de desarrollo, por tanto, se responsabiliza de él a los emigrantes y sus familias, a través del uso de las remesas merced al efecto multiplicador tentativo de éstas, sin proponer cambios estructurales ni institucionales. La proposición oficial argumenta que las remesas constituyen un mercado, cuya eficiencia depende de la participación del sector financiero, que impulsado por el afán de lucro propiciará la realización del efecto multiplicador. El modelo tiene cuatro principios básicos: 1) las remesas son una fuente del desarrollo; 2) los emigrantes son sujetos y objetos de su propio desarrollo; 3) el Estado delega en el municipio la responsabilidad del desarrollo local, sin dotarlo de recursos suficientes, y 4) la gobernabilidad local se persigue con un gobierno achicado. En lugar de promover el crecimiento local, entendido como el mejoramiento de las condiciones de vida de la población emigrante y sus familias, el modelo consecuenta objetivos políticos: la gobernabilidad local y la legitimación de la integración neoliberal.

Para generar un modelo alternativo de desarrollo en un entorno de emigración elevada, como en México, se necesita renegociar los términos de la integración económica regional, el papel de la fuerza de trabajo mexicana barata y el modelo de desarrollo nacional, en una lógica diferente a la neoliberal. Sólo así se puede replantear el aporte de los emigrantes al desarrollo local, regional y nacional de México. Una tarea de esta envergadura demanda una agenda de investigación más integral y comprensiva, que analice a profundidad las dimensiones estratégicas de la integración económica, el desarrollo y la migración. Amén de que reclama un debate político serio, en aras de generar una alternativa de progreso para México.